

PERFIL:

NUESTRA AMADA POBLACIÓN

CAUSA verdadero dolor advertir la liviandad de golondrina con que las más altas autoridades del país opinan sobre el problema de nuestra población, buena parte del cual es, por supuesto, su desbordado crecimiento a una tasa anual de 3.5%, o sea cerca de dos millones anuales. Don Víctor Urquidi, en su ensayo reciente "Economía y Población", dice con ese lenguaje según tan suyo: "...esta es una de las tasas más pronunciadas en cualquier parte del mundo; en ningún periodo de la historia de México se ha experimentado otra semejante, y en la experiencia mundial tampoco ha habido un caso semejante de un país de las dimensiones de México y con sus actuales características de desarrollo".

Don Víctor redondea en seguida su cuadro: México tendrá 72 millones de habitantes para 1980, dato en sí impresionante; pero lo es más todavía la composición de esa población. Los menores de 15 años y los mayores de 65, o sean los que aún no pueden trabajar y los que son ya incapaces de hacerlo, representarán el 49% del total, y como la porción de mujeres que trabajan en México es todavía baja, el resultado final será que en ese bendito año de 1980 21 millones de mexicanos, a más de mantenerse a sí mismos, tendrán que mantener a los 51 millones de seres improductivos. Dicho de otro modo: en 1980 cada mexicano entre los 16 y 63 años cargará sobre sus espaldas el peso muerto de dos mexicanos y medio, es decir, en promedio, unos 150 kilos. Su marcha, así, no podrá ser muy ligera que digamos.

Y no se trata, simplemente, por supuesto, de darles comida y abrigo, sino del gasto principal de su educación primaria y secundaria en el caso de los menores de 15 años, y en el de los ancianos, pensiones de retiro y atención médica.

LAS cifras en que don Víctor hace descansar sus reflexiones pueden darse por seguras, pues las técnicas para proyectar la composición y el crecimiento demográficos son simples y bien probadas. ¿Qué nos ofrecen a cambio de ellas nuestras autoridades?

Ningún ciudadano mexicano (ni de cualquiera otra parte del mundo) puede esperar fundadamente que sus gobernantes conozcan al dedillo todos los problemas nacionales y que por ello tengan a la mano su solución. Y esto quizás resulta más cierto de México, en especial de aquellas cuestiones que, como esta de la población, son de una complejidad extrema. Pero justamente por esto salta la alarma al ver que, lejos de adoptar la actitud circunspecta de ofrecer estudiarlas, nuestros gobernantes se dispongan a opinar sobre ellas con una seguridad que, en este caso, no tendría un demógrafo profesional, es decir, un hombre que ha gastado veinte años de su vida en prepararse para estudiarlos y que lleva otros veinte haciéndolo. Véase, en efecto, esta recientísima declaración:

"... tenemos recursos naturales, territorio, posibilidades de explotación en el mar, vitalidad para el trabajo, que nos permiten confiar en que durante siglos no tendremos necesidad de pensar en un medio de controlar la población".

PRIMERO, reconforta saber que sobre la tierra existen todavía hombres suficientemente valerosos para hacer un vaticinio válido

"durante siglos", y eso en un mundo como el de hoy, en que todo, sin excepción, cambia a una velocidad que da vértigo. Modestia aparte, yo no me atrevería a tanto, y conste una cosa: yo soy un profeta profesional, y precisamente por serlo, Miguel Ángel perpetuó mi efigie en la bóveda de la Capilla Sixtina.

Segundo, es un lastimoso desacuerdo suponer que reconocer un crecimiento rápido de la población equivale a abogar por el control de la natalidad. Don Víctor estudia nuestro crecimiento y no alude siquiera a semejante control; pero sí señala con gran precisión las medidas económicas para hacerle frente a semejante problema.

Tercero, el desacuerdo crece al plantearlo en función de ¹¹ lo que haya dicho sobre la píldora el señor MacNamara. Este enjuto caballero tiene todo el derecho del mundo a decir los disparates que le plazca; y nosotros tenemos toda la obligación del mundo de evitarlos planteando y resolviendo nuestros problemas según nuestras propias circunstancias, nuestros recursos, nuestras conveniencias y aun nuestros gustos.

SUPONGAMOS por un momento que México cuenta de verdad con recursos naturales para soportar, no "durante siglos", sino de aquí al año 2,000, los 135 millones de habitantes que tendrá entonces.

¿En dónde están esos recursos? No, ciertamente, en Tlaxcala o Oaxaca. ¿Será, entonces, en Tabasco, Chiapas, o en el mar? Lo cierto es que los ocho o nueve millones de mexicanos que han abandonado su lugar de origen en este año de 1970, no se han zambullido en el mar, ni se marcharon a Tabasco ni a Chiapas, sino a las grandes ciudades del Distrito Federal y de los estados de Baja California, Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas, ciudades en

las cuales la tasa de crecimiento ha sido del 7, del 12 y aun del 14%.

Que podrían imaginarse incentivos para que esos emigrantes, y muchos más, se trasladaran a esas tierras y mares de promisión, es perfectamente concebible, aunque nada fácil de lograr. En todo caso --y esto es lo esencial-- se requeriría que el gobierno tuviera una política demográfica definida y activa. Lo único insostenible es dejar la solución de este o de cualquier otro problema a una apreciación vaga e infundada de las insospechadas riquezas que abrigan las tierras y los mares nacionales.

Comencemos, pues, por estudiar el ensayo de don Víctor, y después, ese otro gran libro de El Colegio de México que se llama Dinámica de la Población de México.